

Un semestre con Leonardo

Era una mañana muy fría, como es natural en la ciudad de Bogotá, pero unos débiles rayos de sol prometían brindar calor a los estudiantes. Carolina contemplaba desde la ventana del salón el campus de su universidad mientras esperaba a que su clase iniciara. Había llegado temprano y su profesora, quien ya estaba en el aula, le pidió que anotara su nombre en el tablero para iniciar una lista del orden de llegada de los estudiantes.

Uno a uno fueron llegando, todos con la misma mirada nerviosa y ansiosa. Poco antes de que el reloj marcara las 7, la docente sacó un pequeño dispositivo electrónico, similar a los celulares de la segunda década del siglo, y lo acomodó en su escritorio. Siendo las 7, se levantó de la silla en la que se encontraba y se dirigió a la clase. Milena Lozada era egresada del programa de Historia del Arte de la misma universidad, contaba con una maestría en Historia de la Animación y contaba con una amplia experiencia como colaboradora conceptual en el desarrollo de contenidos pedagógicos digitales, campo en el que había emprendido años atrás y del que había salido como resultado, entre otros, el método de enseñanza que la universidad aplicaba con excelentes resultados desde hacía unos años.

Milena le explicó a sus estudiantes lo que ella llamó las “reglas del juego”: cada estudiante recibiría a un tutor digital que lo acompañaría y guiaría durante el semestre. Se diseñaron diferentes tutores basados en los personajes históricos relevantes para cada una de las áreas del saber, y el modelo educativo implicaba que ningún personaje sería entregado a más de un estudiante, con el fin de promover el intercambio de conocimientos y el trabajo en equipo. En sí, todos los tutores estaban programados con la información básica del curso, para que los estudiantes pudieran llevar a cabo su investigación y su proyecto final sin contratiempos, pero cada uno de ellos cuenta con mayor información sobre el personaje al que representaban e incluso sobre el movimiento artístico al que este perteneció y su contexto, por lo que los estudiantes debían, tarde o temprano, colaborar entre sí para obtener información sobre otros personajes.

Una vez explicado el método, Milena dio un espacio para preguntas, espacio que los tímidos estudiantes de primer semestre no supieron aprovechar. En seguida, se dirigió al dispositivo en la mesa, diciéndole “que ingresen los tutores de *Introducción a la Historia del Arte*”, a lo que el dispositivo respondió con una pequeña luz y la proyección de unos hologramas de unos 20cm de alto con diferentes artistas de antaño. Carolina pudo reconocer con facilidad a Salvador Dalí, a Leonardo Da Vinci, a Miguel Ángel, Frida Kahlo y a Warhol, pero los demás no le resultaban tan fáciles de identificar. Nadie podía negar la precisión del diseño de los tutores, pues no solamente emulaban a la perfección la apariencia física y la vestimenta de sus personajes, sino también, aparentemente, su personalidad. Carolina pudo percibir esto especialmente por el holograma de Dalí, quien con sus ademanes mostraba la excentricidad que caracterizó en vida al artista surrealista.

Milena se dirigió nuevamente a la clase, les dijo que para hacer justa la asignación de los tutores, se seguiría el orden de llegada al aula, por lo que miró al tablero y llamó a Carolina, pero ella aún no había decidido cuál artista debía elegir como tutor. Eran varios los personajes que de una u otra forma habían captado su atención desde hacía años, y varios los movimientos artísticos que la seducían constantemente. ¿Podría ser Dalí? No, tal vez su excentricidad no resultaría prudente para su progreso académico. ¿A caso Van Gogh? Su holograma podría recrear también su depresión, y esto tal vez pudiese llegar a ser contraproducente para la estabilidad emocional de Carolina. Estas y muchas otras ideas pasaban por su mente. En los días anteriores había decidido más veces de las que podía recordar cuál sería su tutor, pero siempre cambiaba de parecer. Milena le dedicó una mirada un tanto impaciente, por lo que supo que debía decidir en ese mismo momento. Optó por Da Vinci, y luego de pronunciarlo una oleada de gemidos decepcionados recorrió el salón. Milena sonrió y mencionó que este personaje era siempre el primero en ser asignado. Le pidió a Carolina que se acercara al escritorio, y al holograma de Da Vinci que se parara sobre un pequeño disco de metal, que luego entregaría a Carolina. Aprovechó para explicarle a la clase que ese disco sería el portador del personaje, que funcionaba con energía solar y que bastaba con que lo cargaran en un bolsillo para que su tutor pudiese acompañarlos. Da Vinci

se posó sobre el disco con solemnidad, hizo una reverencia para su pupila y bajó del disco para que ella pudiese tomarlo. Carolina regresó a su silla mientras Leonardo la seguía caminando en el aire. Muchos estudiantes miraban al holograma con tristeza y otros a Carolina con algo de resentimiento. De inmediato se arrepintió de elegir al artista más famoso de la historia como tutor.

Mientras Milena llamaba a los demás estudiantes, Leonardo se sentó sobre el hombro izquierdo de Carolina e inició una charla en voz muy baja, suficiente para que solo pudiese escucharlo ella. Le indicó a qué personaje representaba cada uno de los hologramas, aclarándole las dudas que pudiese tener. Quién más llamó la atención de Carolina fue un cavernícola, a quien los diseñadores habían creado para tener una representación del periodo rupestre. “*Debí escoger a ese*”, pensó.

Una vez asignados los tutores, Milena se dirigió a la clase. Les explicó que debían ser muy cuidadosos con el disco de metal y con su tutor. Si algo llegase a pasarle al dispositivo, los tutores regresarían a la nube, pero los estudiantes deberían reponer el disco a la universidad. Así mismo, los tutores pasarían un reporte semanal en donde indicarían si el estudiante se encontraba avanzando en su aprendizaje, de lo contrario recibiría una advertencia y, de no seguir así, el tutor podría tomar decisiones en cuanto a una posible represalia para el estudiante, la cual podría variar según el personaje. Milena les recordó la importancia de las reuniones para el intercambio de información, y habló sobre las citas programadas con ella para la revisión del progreso, citas que se encontraban en el calendario de cada estudiante. Por último, les recordó que cada tutor tenía su propia personalidad, y que debían amoldarse a esta para hacer de su semestre lo más ameno posible. Les deseó éxitos en sus estudios y se despidió.

Carolina salió del salón rápidamente. No quería que ningún estudiante se acercara a pedirle reuniones para hablar con Leonardo, al menos no ese día. En el pasillo, le preguntó por las “represalias” para los estudiantes, Leonardo le explicó que consistían en castigos para los estudiantes que descuidasen sus estudios. El programa estaba diseñado para que cada persona lleve su progreso a su propio ritmo, pero

que no por esto se podía permitir que se dejen de lado los asuntos académicos. Le dijo además que los castigos podían cambiar según el estudiante y según el tutor, y se rehusó a brindarle mayor información.

Carolina se dirigió al parqueadero de la universidad para sacar su bicicleta. Descubrió a varios estudiantes con diferentes hologramas. Pudo reconocer a un chico con el holograma de Albert Einstein, quien miraba curioso el cabello revuelto del joven. Una muchacha pasó junto a ella con un Hitler que levitaba a su derecha con una postura muy firme, mientras la chica le hacía miles de preguntas. Carolina no podía creer que un personaje como Hitler fuese parte de los personajes disponibles para los estudiantes, por lo que contempló la escena completamente incrédula. Leonardo intervino para explicarle que, aunque sus acciones fuesen reprochables, seguía siendo un personaje importante para la historia, y la tranquilizó recordándole que los hologramas son solo guías académicos, no promotores de ideologías políticas.

Leonardo era un personaje muy curioso. Todo a su alrededor era merecedor de su contemplación y para todo tenía un comentario por hacer, en especial si se trataba de un insecto volador o de un ave. Carolina sintió que había hecho la elección correcta, y que podía ser amiga de su tutor, aunque este fuese una mera proyección digital. En el camino a casa, Leonardo hizo varios comentarios positivos sobre su bicicleta, e incluso le hizo notar unos problemas en los frenos por los que debía pasar por un taller en cuanto tuviese la oportunidad. Carolina descubrió poco a poco que los hologramas venían programados con información de diferentes áreas del conocimiento según la presunta personalidad de los personajes.

Durante el resto del día Carolina se dedicó a conocer a su tutor, y este a conocer los intereses personales de su estudiante, para analizar las opciones que tendrían durante el proceso de aprendizaje y el tema que tratarían en el proyecto final. Al día siguiente realizaron una visita a la Biblioteca Virgilio Barco, en donde Leonardo le sugirió ciertos textos y donde le dio un pequeño *tour* informativo en donde le contó la historia de la Biblioteca y le habló sobre sus características arquitectónicas.

Así pasaron las siguientes semanas para Carolina: visitando bibliotecas y museos, físicos o virtuales, leyendo diferentes documentos recomendados por Leonardo y hablando mucho con él de muchos temas. Carolina decidió que deseaba investigar sobre la aplicación de principios naturales en el diseño de diferentes instrumentos y en el arte en sí, lo que enorgullecía a Leonardo.

Sus compañeros le enviaban constantes solicitudes de reuniones para poder interactuar con Leonardo y Carolina siempre las evadía escudándose en su propia investigación. Ignoró incluso la sugerencia de su tutor de contactar a los estudiantes portadores de algunos artistas en particular que él consideraba podrían aportar mucho a su investigación. La verdad es que Carolina era una chica cuya timidez tocaba (y pasaba) los límites de la ansiedad social, por lo que siempre buscaba evadir cualquier situación en la que tuviese que enfrentarse a conocer a una nueva persona, y más aún si se tratada be un grupo grande de personas.

Durante la tercer revisión semanal con Milena, ésta la felicitó por su progreso, pero así mismo le expresó su preocupación por su total ausencia de reuniones con sus compañeros, diciéndole que por una parte eran varios los estudiantes a quienes les podría ser de mucha ayuda tener la oportunidad de charlar con Leonardo, y que así mismo, eran varios los personajes que ella consideraba podrían nutrir bastante la investigación de Carolina. Además, le advirtió que el trabajo en equipo era parte fundamental del criterio de calificación.

Saliendo de la universidad, Leonardo se mostró insistente con la importancia de las reuniones con sus compañeros, además de advertirle que era muy grosero de su parte seguir ignorando los mensajes de solicitud, mientras Carolina solo guardaba silencio. En la casa le pidió a su tutor que le leyera (nuevamente, pero esta vez prestando atención) los mensajes de solicitud de sus compañeros. Camilo Rodríguez, portador del holograma de Fídeas, deseaba conocer más a fondo la visión de Leonardo sobre el arte de la Antigua Grecia y cómo esta tuvo relevancia en su carrera; Federico Villalba, portador del holograma de Pollock, deseaba conocer la visión de los artistas clásicos sobre el arte moderno y

posmoderno; Simón Pérez, portador del cavernícola, quería conocer la visión de Leonardo sobre el minimalismo, y Leonardo le comentó a Carolina que para su investigación valdría la pena escuchar al artista de las cavernas; Catalina Latorre, portadora del holograma de Miguel Ángel, quería conocer la visión religiosa de Leonardo, así como corroborar si los *chismes* históricos sobre su rivalidad con su tutor eran ciertos. Y la lista seguía.

En cada equipo en la biblioteca de la universidad se encontraba instalada una base de datos con todos los personajes históricos creados para el sistema educativo, con para que todos los estudiantes tuvieran acceso a la información, pero estos representaban una versión básica del personaje y sus respuestas se limitaban a los conocimientos generales del programa, solo los hologramas contaban con sus personalidades. Carolina aceptó programar una reunión con la portadora de Frida Kahlo, solo porque deseaba interactuar con la artista, y le prometió a Leonardo que luego de la reunión vería la forma de contactarse con los demás solicitantes. Leonardo se mostró medianamente complacido.

Sin embargo, la reunión no contribuyó lo esperado a la investigación de Carolina. Sandra conversó mucho con Leonardo, y le formuló varias preguntas. La charla la mantuvieron ella y los dos tutores, mientras Carolina jugaba nerviosa con sus manos, mientras evadía cualquier oportunidad de participar en la discusión. Se despidieron y Carolina regresó a su casa. En el viaje en bicicleta, Leonardo solo le dijo una vez que debía interactuar con sus compañeros.

Programaron reuniones con los demás estudiantes que le solicitaron una entrevista con Leonardo. En todas se repitió la misma situación. Hacia la mitad del semestre, Milena fue muy enfática con Carolina sobre este asunto, pues aunque su investigación era muy buena, la universidad consideraba fundamental para la formación de sus estudiantes la interacción entre ellos y la colaboración. Le explicó que ningún profesional podría llegar lejos sin contar con buenos contactos, y que el objetivo de este sistema es que cada estudiante pudiese aprender a su propio ritmo y al mismo tiempo sentar bases sólidas en relaciones profesionales con otros estudiantes.

Carolina no lograba relajarse a la hora de conocer nuevas personas. Durante el colegio logró arreglárselas para cumplir con sus logros académicos sola, pues empleaba las tecnologías de su época para realizar sus investigaciones y aprender mayormente por su cuenta. Pero en la universidad era diferente, pues le exigían colaboración con sus compañeros. No se trataba de que no deseara compartir, ni ser grosera con sus compañeros, se trataba de que le costaba mucho hacerlo.

Leonardo parecía comprender la situación de Carolina, y buscó en la red información relacionada con la ansiedad social para poder guiar mejor a su pupila. Le dijo que veía mucho potencial en ella, que consideraba que podía llegar a ser excelente en su campo, pero que debía solucionar estos inconvenientes.

Faltando un mes para finalizar el semestre, Carolina asistió a la reunión general con el curso. Todos parecían haber entablado relaciones amistosas entre ellos, e incluso había una pareja de estudiantes que habían iniciado una relación amorosa al parecer. Todos menos Carolina, a quien varios estudiantes la saludaban con cortesía, sin esperar mucho de ella a cambio. Milena inició la sesión recordándoles que a medida en que avanzaran en su carrera universitaria, este tipo de reuniones generales serían más recurrentes, pues con esto se buscaba incentivar el debate, la argumentación y, por supuesto, fortalecer los vínculos profesionales entre los estudiantes. Le dirigió a Carolina una mirada, y la chica se sonrojó e intentó evadir el contacto visual. Milena propuso el arte posmoderno como tema de debate, señalando que para muchos historiadores y artistas este representó un retroceso en el progreso artístico, e invitó a los estudiantes a compartir sus opiniones y las de sus tutores. Carolina fue testigo de cómo todos los chicos se animaron a participar, y cómo sus tutores reaccionaban con aprobación o negando estar de acuerdo con las afirmaciones de sus pupilos. Casi todos tomaban nota de lo que se decía en el aula y al final muchos salieron contentos con el resultado del debate.

Carolina se abstuvo de hablar, y cuando salió del aula, Leonardo le reclamó por esto, pues estaba seguro de que los demás estudiantes estarían felices de escuchar su opinión al respecto. El viaje en bici hasta

la casa fue silencioso, por primera vez desde que Carolina contaba con la presencia de Leonardo, quien además, durante el transcurso de la semana se mostró muy poco participativo, limitándose a responder de la manera más puntual posible las preguntas de Carolina, y finalizando sus respuestas con comentarios del estilo “eso te lo podría responder mejor Van Gogh”, o recomendándole algún texto de alguna biblioteca.

Ante esta situación, Carolina decidió visitar la Biblioteca Luis Ángel Arango sin la compañía de su tutor, por lo que dejó el disco cargando cerca de la ventana de su habitación. Leonardo no protestó, y en lugar de esto simuló acostarse a dormir sobre la almohada de Carolina.

Llegó a la biblioteca y se dirigió a la sala de exposiciones, en donde encontró fotografías y recreaciones de pinturas rupestres halladas a lo largo del territorio nacional. Después de un largo recorrido, se sentó a descansar un poco sus pies en una banca. Se sentía molesta con Leonardo, y a la vez se sentía estúpida por enfadarse con un software. Pensó en las sugerencias de su tutor y en los estudiantes que portaban los personajes que Leonardo le había recomendado para su investigación, tratando de recordar cómo eran esos estudiantes y analizando las posibilidades con las que contaba para que estos aceptaran hablar con ella, cuando una voz muy gruesa y a la vez algo familiar llamó su atención. “Mira, es la chica *soy-muy-avanzada-para-preguntarle-algo-a-un-hombre-de-las-cavernas*”, dijo el holograma del cavernícola que se encontraba sentado sobre la cabeza de su portador, Simón, quién se sonrojó ante la imprudencia de su tutor.

El chico saludó a Carolina, y ella respondió tímidamente. El comentario del tutor del chico la había indispuerto mucho más para poder entablar una conversación. Su compañero le preguntó por Leonardo, y ella respondió evasivamente diciendo que el disco se había descargado, por lo que no pudo traerlo con ella. El holograma del hombre de las cavernas sugirió que tal vez ella no quería compartir si tutor con nadie más. Carolina solo se sonrojó, y Simón le preguntó si podía sentarse a su lado, a lo que ella solo asintió. Simón le confesó que al principio no se encontraba muy emocionado con su tutor, pues

debido a que no fue de los primeros en llegar el primer día de clases y no tuvo tantas opciones como ella, pero a medida en que avanzó el semestre descubrió que se sentía muy a gusto con Otto, como decidió llamarle. Carolina mostró señas de sentirse curiosa por ese nombre, y Simón le explicó que cada estudiante le ha dado un nombre diferente a ese tutor, un nombre que en realidad definen entre los dos, y que algo similar ocurre con los hologramas que representan los artistas de las antiguas civilizaciones. “No sabía que podías nombrar a tu tutor” dijo Carolina, “tal vez puedo ponerle un apodo al mío”.

Simón la invitó a dar un recorrido por la exposición, y ante la duda que mostró Carolina, argumentó que no había mejor guía que Otto para esa exposición. Aunque su tutor seguía mostrándose reticente ante la presencia de la joven. Carolina aceptó y caminaron por la sala mientras Otto hablaba con mucha propiedad sobre las representaciones rupestres, los hallazgos arqueológicos, los materiales empleados y cómo se elaboraban, etc. Todo mientras relacionaba los diferentes aspectos con el arte rupestre encontrado en otras zonas del mundo (y proyectando imágenes que ilustraban su punto) y también con la evolución que se presentó en el arte con el paso del tiempo.

Carolina aprendió mucho con Simón y con Otto, y al final del recorrido confesó que no esperaba poder aprender tanto de un cavernícola, a lo que el tutor respondió con un tono ligeramente ofendido pero a la vez algo divertido que prefería ser llamado *hombre de las cavernas*. Simón sonrió y la invitó a tomarse un café, y ella se sintió obligada a aceptarlo. En la cafetería Carolina pudo ver cómo Simón y Otto bromeaban con el vendedor, quien se tomó de manera muy amigable los comentarios y se permitió preguntarle al tutor por la exposición. Otto le dijo que era una buena exposición, pero que no podía reflejar la experiencia de crear arte rupestre al interior de una cueva con poca iluminación, y Simón corroboró su argumento mencionando que él mismo lo había intentado, y que no era una labor precisamente sencilla.

Carolina quiso saber más sobre esa experiencia, y en cuanto recibieron sus bebidas le preguntó a Simón al respecto, pero fue Otto quien le dijo que para él se requería de visitar un entorno más similar al suyo

para poder hablar de su periodo artístico, y que parte de su plan de estudios consistía en un par de sesiones de pintura con tintes naturales en murales naturales. Simón le mostró a Carolina sus manos, evidenciando las manchas de tintes en la punta de sus dedos. “Solo hizo falta que me obligara a vestirme con pieles para la recreación” dijo bromeando, y los tres rieron. Se despidieron y ella se sintió culpable por no llevar a Leonardo para que Simón pudiese investigar un poco más con él.

Al llegar a casa, encontró a Leonardo contemplando el atardecer desde la ventana. Le lanzó un corto discurso sobre la importancia de contemplar los fenómenos naturales. Carolina le contó sobre su visita a la biblioteca y le ofreció disculpas por dejarlo, pero su tutor no le dio mayor importancia.

Para la siguiente revisión con Milena, Carolina tenía su proyecto bastante adelantado, pero los aportes de otros tutores que había documentado en este eran muy pocos, lo que vería afectada su nota de manera negativa. Carolina salió del aula algo tensa, y en el pasillo se encontró con Simón, para quien había sido inevitable escuchar lo que Milena había sentenciado, y le ofreció ayuda a Carolina. Le dijo que programaría una reunión y le avisaría en un par de horas. Se despidió e ingresó al salón para tener su propia revisión. Un par de horas después, Leonardo le notificó a Carolina un correo de Simón, en donde le pedía que se acercara a la biblioteca de la universidad después de mediodía.

Cuando Carolina llegó, descubrió que Simón había reunido a un grupo de cinco estudiantes, la mayoría chicos que habían solicitado una reunión para interactuar con Leonardo. Simón se encargó de introducir a Carolina en el grupo, y a hablar por ella en la mayor parte de la sesión. Leonardo parecía disfrutar del intercambio con los otros estudiantes, y entre Simón y él le ayudaron a la tímida chica a ir soltando poco a poco las preguntas que tenía para los demás tutores, Otto, Van Gogh, Fídeas, Caravaggio y Francisco de Goya. Poco a poco los demás estudiantes también fueron complementando la discusión con apuntes de sus propias investigaciones, y la sesión se fue tornando muy amena para Carolina. Al final, las que conseguir valiosa información para su proyecto, creó vínculos con sus compañeros y abrió la puerta para

más sesiones en donde ella pudiese compensar su falta de participación del semestre. Todos se mostraron dispuestos a colaborarle.

Al despedirse, Carolina le agradeció especialmente a Simón, quién le dijo que a quien en verdad debía agradecerle era al mismo Leonardo. En el recorrido en bicicleta a su casa, Carolina le preguntó a su tutor sobre el significado de esa última frase de Simón, y éste le dijo que en realidad fue él quien le pidió ayuda a Simón por medio de Otto. Le explicó que a veces el trabajo de los tutores virtuales debe trascender de lo académico, y que los estudiantes requieren siempre formas diferentes, y siempre creativas, para ser impulsados y dar los resultados que son capaces de entregar con sus proyectos.

Carolina logró concretar varias sesiones con sus compañeros, no solo con los amigos de Simón. Al final presentó un proyecto muy bien elaborado, aunque sus bajos puntajes por participación afectaron su nota en todo caso. Carolina aprendió la importancia de interactuar con los demás, independientemente de que la tecnología a su alcance le brindara mucho de lo que necesitara. Se encontraba muy agradecida con Leonardo por sus enseñanzas, así como con los diseñadores del software que lo hicieron posible, y le costó un poco despedirse de su tutor, pese a que este insistió en recordarle que ya tenía amigos reales, y que siempre podía visitarlo en la base de datos de la biblioteca.